

UNIVERSO MULTIMEDIA

ENRIQUE DANS

Profesor del Instituto de Empresa

www.enriquedans.com

El enchufe del aeropuerto

Seguro que alguna vez se ha fijado en alguna de esas esperas en un aeropuerto. Allí, en una pared o una columna, ve un enchufe. Un enchufe como esos que hay en casa. Pero allí, en el medio de un aeropuerto... ¿qué hace? La respuesta es evidente: sirve, por ejemplo, para alimentar las máquinas de limpieza o facilitar la ubicación de un punto de atención comercial. La mayor parte del tiempo, esos enchufes permanecen inactivos, aburridos, sin que nadie repare en ellos. Sin embargo, la 'soledad del enchufe' está tocando a su fin. Cada vez más personas han comenzado a 'intimar' con él. ¿Quiénes? Los pioneros fueron los *road warriors*, ejecutivos que trabajan mientras viajan. Como la mayor limitación de los dispositivos portátiles viene de sus baterías, comenzaron a ver los enchufes como 'oasis' donde dar de beber a sus sedientos dispositivos. Superada la timidez, surgió otro grupo: los usuarios de móviles. Animados por el éxito, empiezan a florecer usuarios de reproductores de CD o MP3.

Pero lo que me intriga no es esa 'cofradía de amigos del enchufe', sino algo más prosaico: ¿Quién paga ese consumo eléctrico? La electricidad cuesta dinero. Sin embargo, todos gorroneamos del enchufe. Claro, es que se trata del 'chocolate del loro', 'peccata minuta', dirán ustedes... Sí, de acuerdo. Dudo que



"A mí lo que me agobia no es la falta de energía, sino la de acceso a Internet"

ese 'consumo irregular' de energía eléctrica desequilibre presupuesto alguno. Podemos ser rumbosos con la electricidad. La raza humana ha consensuado que la electricidad es una especie de 'bien común', que aceptamos el consumo moderado de electricidad por parte de terceros.

Pero, ¿por qué no hacer lo mismo con otras infraestructuras? A mí lo que me agobia no es la falta de energía, sino la de conexión a Internet. Ofrecer Internet es tan barato como electricidad y no conlleva prácticamente coste variable alguno, no se paga necesariamente más cuanto más se consume. Pero aquí el consenso no aplica. La conectividad no es como la electricidad o como el cariño verdadero, que ni se compra ni se vende. Hay que cobrarla, so pena de que alguien nos sancione por 'distorsionar el mercado'. Si un Ayuntamiento, que iba a pagar la correspondiente factura, quiere proporcionar a sus conciudadanos el acceso a Internet de manera gratuita, se encontrará a este lado del charco, con una dura respuesta negativa. Para el progreso del país, la conectividad ubicua es hoy más crítica que la electricidad ubicua, por lo que representa como vía de acceso a la información y a la cultura. En Philadelphia sí es posible, pero aquí no. ¿Por qué? Muy sencillo: los de Philadelphia tienen enchufe.